

HILTER JAMESS
LOZANO-MEJÍA

Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú
<https://orcid.org/0000-0002-1039-2875>

MARIANA XIMENA
VEGA-LEZCANO

Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú
<https://orcid.org/0009-0009-4174-6056>

ALEJANDRA ROMI
VARGAS-ROJAS

Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú
<https://orcid.org/0009-0009-6195-9382>

Migración, imagen e identidad en *Eloísa y los bichos* (2009), de Jairo Buitrago y Rafael Yockteng¹

MIGRACIÓN, IMAGEN E IDENTIDAD EN *ELOÍSA Y LOS BICHOS* (2009), DE JAIRO BUITRAGO Y RAFAEL YOCKTENG

RESUMEN

El presente artículo analiza el libro álbum *Eloísa y los bichos* (2009), de Buitrago y Yockteng, desde una perspectiva contestataria que articula texto e imagen para examinar la experiencia migratoria. La protagonista llega a una ciudad habitada por “bichos” gigantes. El estudio explora la construcción de la identidad migrante en tensión con la mirada de los otros en espacios cotidianos como la escuela, la calle y el hogar. Asimismo, aborda el potencial político y simbólico del libro álbum y subraya la visualidad en la representación del extrañamiento y la otredad, dimensiones poco atendidas por la crítica especializada. Para ello, integra los aportes de Bhabha (2002) sobre el “in-between”; de Cooley (2005) acerca del “yo espejo”; de Freire (1997, 2010, 2022) en torno a la identidad y la educación; y de Nikolajeva y Scott (2000, 2013) respecto de la interacción entre texto e imagen. Se concluye que la visualidad de los “bichos”, junto con la mediación de la escuela y de los espacios cotidianos, representa el tránsito identitario de la niña migrante. Esta pasa del extrañamiento a una pertenencia construida a través del contacto con la cultura escrita y de la integración en la comunidad, proceso que deriva en una identidad no fija.

Palabras clave: Migración; imagen; escuela; identidad; libro álbum

MIGRATION, IMAGE, AND IDENTITY IN *ELOÍSA Y LOS BICHOS* (2009), BY JAIRO BUITRAGO AND RAFAEL YOCKTENG

ABSTRACT

This article analyzes the picturebook *Eloísa and the Bugs* (2009), by Buitrago and Yockteng, from a critical perspective that articulates text and image to examine the migrant experience. The protagonist arrives in a city inhabited by giant “bugs”. The study explores the construction of migrant identity in tension with the gaze of others in everyday spaces such as the school, the street, and the home. It also addresses the political and symbolic potential of the picturebook and highlights visuality in the representation of estrangement and otherness, dimensions that have received limited attention in specialized criticism. To this end, it draws on Bhabha’s (2002) concept of the “in-between”; Cooley’s (2005) notion of the “looking-glass self”; Freire’s (1997, 2010, 2022) reflections on identity and education; and Nikolajeva and Scott’s (2000, 2013) work on the interaction between text and image. The study concludes that the visual representation of the “bugs”, together with the mediating role of the school and everyday spaces, represents the migrant girl’s process of identity transformation. She moves from estrangement to a sense of belonging built through contact with written culture and integration into the community, a process that results in a fluid and non-fixed identity.

Keywords: Migration; image; school; identity; picturebook

1 INTRODUCCION

El libro álbum *Eloísa y los bichos* (2009), del escritor Jairo Buitrago y el ilustrador Rafael Yockteng, aborda la experiencia migratoria desde la perspectiva de una niña que llega a una ciudad habitada por “bichos” gigantes. El texto se inscribe dentro de la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ) contemporánea, en el que se evidencia el desplazamiento forzado y la otredad. En ese sentido, el álbum propone una reflexión sobre la construcción de la identidad migrante, a partir de la autopercepción y la mirada de los otros, en contextos cotidianos, tales como la escuela, la calle y la casa familiar.

La importancia de este estudio radica en el diálogo político que adquiere el análisis simbólico y metafórico del libro álbum, en tanto no solo se interpreta un texto de forma estética, sino que la interpretación se posiciona como una crítica contestataria frente a una problemática social actual. Asimismo, los estudios críticos sobre LIJ tienden a relegar el potencial político de la imagen, limitando la lectura a lo textual. Además, este libro álbum no ha tenido una amplia recepción por parte de la crítica literaria. Dicho vacío es abordado, ya que *Eloísa y los bichos* a través de la visualidad representa la complejidad —emocional, social y cultural— de la migración.

En esa línea, los objetivos medulares de esta investigación son dos: 1) Analizar, a través de la ilustración y el texto, la percepción que tiene de los “otros” la protagonista migrante con relación a su imagen e identidad; y 2) Examinar la función que cumple la escuela, como institución agente de la cultura escrita, y los espacios cotidianos, públicos y privados, en la construcción de la identidad de la protagonista. Para ello, se integran los aportes de Bhabha (2002) en torno al “in-between” y el desplazamiento cultural. Esta perspectiva dialoga con el concepto de “yo espejo” propuesto por Cooley (2005), que permite comprender la configuración de la identidad a partir de la mirada imaginada del otro. Por su parte, Freire (1997, 2010, 2022) plantea que la identidad cultural no es fija, sino que se construye según el contexto, y que la educación y la cultura escrita permiten transformar la realidad. Finalmente, los estudios sobre el libro álbum de Nikolajeva y Scott (2000, 2013) sostienen que la relación entre texto e imagen construye focalizaciones subjetivas. El diálogo de estos enfoques demuestra que la representación de los “bichos” es una metáfora del extrañamiento (Olsson, 2016) que caracteriza la experiencia migratoria.

Metodológicamente, la investigación es de naturaleza cualitativa y desarrolla un análisis descriptivo e interpretativo del libro álbum *Eloísa y los bichos* (2009). El estudio se sustenta en los aportes de la teoría literaria de la migración y de la Literatura Infantil y Juvenil, y recurre a la hermenéutica literaria y al análisis de la imagen para examinar la interacción entre el lenguaje verbal y visual. Para ello, se emplean las categorías de frontera, sujeto migrante, subalternidad, identidad y semiótica de la imagen, las cuales permiten analizar la representación de la experiencia migratoria y los procesos de extrañamiento, integración y reconfiguración identitaria que se construyen a través de la relación entre texto e ilustración.

2 LOS “BICHOS” Y ELOÍSA COMO REPRESENTACIÓN VISUAL DE LA ALTERIDAD DESDE LA PERCEPCIÓN INICIAL DEL OTRO

En el proceso migratorio, la infancia experimenta la alteridad de una forma particular: cada rostro, costumbre o palabra desconocida se convierte en un espejo donde la propia identidad se ve cuestionada y reconfigurada. Para una niña migrante, el encuentro con los “otros” no es solo un hecho externo, sino una experiencia íntima que atraviesa por completo su autopercepción y su memoria. La diferencia cultural puede sentirse con fascinación y miedo al mismo tiempo, generando una narrativa personal en la que lo extraño y lo nuevo se entrelazan con lo familiar y lo conocido. En este contexto, las fotografías y los recuerdos se convierten en un archivo simbólico donde conviven el pasado y el presente, revelando tanto la distancia como los puentes que unen ambos tiempos. La figura 1, que analizaremos a continuación, condensa visualmente este tránsito identitario y la compleja mirada que la protagonista Eloísa construye sobre sí misma y sobre los demás.



Figura 1. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

En la imagen percibimos una serie de fotografías esparcidas sobre una mesa. Muchas de ellas muestran a la protagonista —una niña migrante— interactuando con insectos gigantes. Esto no es casual, pues funciona como una metáfora visual de la percepción que ella tiene de los “otros” y de cómo esos “otros” la perciben a ella; en ese sentido, los insectos constituyen un signo gráfico de la otredad. Asimismo, la ilustración presenta un matiz amarillento, cercano al tono sepia, que aporta una sensación de antigüedad y calidez, como si se tratara de recuerdos preservados con cariño. Los colores suaves y desaturados refuerzan el carácter íntimo y nostálgico de las fotografías.

Los insectos, con sus formas extrañas y, en ocasiones, inquietantes, simbolizan la sensación de extrañeza, rareza y otredad que la protagonista experimenta al migrar a un nuevo contexto cultural. Además, el hecho de que estas imágenes convivan con fotografías más “normales” — como las de su padre o distintos paisajes— evidencia una identidad fragmentada, situada entre

una vida anterior, familiar y conocida, y otra nueva, marcada por diferencias que, en ocasiones, la hacen sentirse observada y, al mismo tiempo, percibir su entorno como algo “exótico” o “extraño”. Resulta relevante que las fotografías representen la percepción de la protagonista sobre los “otros”, una mirada atravesada por una mezcla de curiosidad e incomodidad, mientras que su propia identidad se construye en ese espacio de encuentro y tensión entre distintas realidades culturales.

En la figura 2 observamos a Eloísa y a su padre cruzando una calle plagada de insectos gigantes, mientras que, en la parte inferior, el texto señala “Llegamos una tarde, cuando yo era pequeña” (Buitrago & Yockteng, 2009, p. 6). La imagen emplea tonos pastel —verdes, rosas, ocre y grises azulados— que transmiten una sensación de calma, pero que contrastan con la presencia de los insectos, generando una tensión visual significativa. El punto de fuga, desplazado hacia la derecha, dirige la atención al cruce peatonal, donde la niña y su padre se constituyen como el centro narrativo de la composición.



Figura 2. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

El color saturado de los insectos y su tamaño desproporcionado convierten la escena en una representación visual de la intensidad emocional con la que Eloísa experimenta la llegada a un nuevo entorno. Los insectos invaden la calle y dominan la composición de la figura 2, generando una sensación de extrañamiento que excede la mera descripción de un espacio urbano. Más que representar un peligro concreto, funcionan como una proyección de la percepción subjetiva de la niña migrante, para quien las personas, las costumbres y las dinámicas sociales de la nueva ciudad aparecen inicialmente como algo difícil de comprender.

Esta experiencia puede comprenderse a partir de lo que Bhabha (2002) denomina el “entre-lugar” o in-between space. Para el autor, la migración no implica simplemente el paso de una cultura a otra, ni la sustitución de una identidad por otra. Por el contrario, sitúa al sujeto en un espacio intermedio donde las referencias culturales previas ya no resultan suficientes para interpretar la realidad, mientras que las nuevas aún no han sido plenamente incorporadas. El “entre-lugar” no constituye una posición estática ni una etapa de transición; es un espacio de negociación, conflicto y producción de significados en el que se redefinen constantemente las

formas de pertenencia. Desde esta perspectiva, Eloísa no pertenece por completo ni al mundo que ha dejado atrás ni al nuevo espacio que habita. Su mirada se encuentra atravesada por esa condición liminal, y los insectos gigantes materializan visualmente la distancia que todavía percibe entre ella y la nueva sociedad.

Asimismo, la composición de la imagen refuerza esta lectura. Los insectos aparecen integrados de manera natural al entorno urbano, mientras que Eloísa y su padre ocupan una posición marginal dentro del encuadre. Aunque comparten físicamente el mismo espacio, no parecen formar parte de él en igualdad de condiciones. Esta diferencia visual evidencia la tensión característica del “entre-lugar” descrito por Bhabha (2002): una experiencia marcada simultáneamente por la presencia y la exclusión, la participación y el extrañamiento. Sin embargo, dicha tensión no debe entenderse únicamente como una experiencia negativa. Para Bhabha, es precisamente en estos espacios intermedios donde emergen nuevas formas de identidad, producto de la interacción y negociación entre diferentes culturas. La imagen captura, entonces, un momento inicial de ese proceso, cuando la diferencia todavía se percibe como una distancia difícil de atravesar.

Por otra parte, la representación de los habitantes de la ciudad como insectos puede analizarse desde las reflexiones de Said (2008) sobre la construcción de la alteridad. Aunque *Orientalismo* (2008) estudia específicamente la forma en que Occidente produjo representaciones estereotipadas de Oriente para convertirlo en un objeto de conocimiento y dominación, su aporte resulta útil para comprender un mecanismo más amplio: la tendencia a representar aquello que se percibe como diferente mediante imágenes que enfatizan la distancia respecto de uno mismo. En este sentido, no se trata de aplicar de manera directa la noción de orientalismo al caso de Eloísa, sino de recuperar la idea de que las diferencias culturales son construidas a través de sistemas de representación.

La ilustración muestra precisamente ese proceso de construcción simbólica de la alteridad. Los habitantes de la nueva ciudad no aparecen como sujetos individuales, sino transformados en criaturas extrañas que condensan la percepción de diferencia experimentada por la protagonista. Esta representación no implica necesariamente rechazo ni hostilidad; por el contrario, parece expresar una combinación de curiosidad, desconcierto y fascinación. De este modo, la imagen evidencia que la alteridad no es una cualidad inherente de los otros, sino una construcción relacional que surge de la mirada de quien observa. Los insectos no revelan cómo son realmente los habitantes de la ciudad, sino cómo son percibidos por una niña que todavía intenta comprender el mundo cultural al que acaba de llegar. Resulta relevante destacar que esta alteridad no se limita al espacio público, ya que, en la figura 3, el escenario se desplaza a un salón de clases:



Figura 3. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

Aquí, Eloísa está sentada en su pupitre, rodeada de compañeros insectos que realizan actividades escolares. El texto de la página anterior y de esta menciona que “Mientras papá buscaba trabajo, me quedaba en la escuela... como un bicho raro” (Buitrago & Yockteng, 2009, pp. 8-10), lo que introduce una inversión de la ilustración anterior: ya no es ella quien observa a los demás como extraños, sino que quien se siente observada es ella. Cooley (2005) con su concepto de “yo espejo”, nos ayuda a entender que la identidad personal se construye a partir de la imagen que creemos que los demás tienen de nosotros. En palabras de Cooley:

En un muy amplio e interesante conjunto de casos, la referencia social adopta la forma de una imaginación bastante definida, de cómo el yo de uno mismo es decir la idea que se haya apropiado aparece en una mente particular, y el tipo de sentimiento del yo que uno tiene está determinado por la actitud hacia el mismo que atribuimos a esa otra mente. Un yo social puede llamarse por ello el yo reflejado o el yo espejo. Cuando vemos nuestra cara, nuestra figura, nuestro vestido en el espejo, y nos interesamos por ellos porque son nuestros, nos gustan o no según si responden o no a cómo deberían ser; así con la imaginación percibimos en la mente del otro el pensamiento de nuestra apariencia, de nuestras maneras, objetivos, obras, carácter, amigos, y así sucesivamente, y nos sentimos afectados por ellos según sean en cada caso. Una idea del yo como esta parece componerse de tres elementos principales: la imaginación de nuestra apariencia para la otra persona; la imaginación de su juicio sobre esa apariencia, y algún tipo de sentimiento propio, como por ejemplo el orgullo o la mortificación. (2005, p. 25)

El concepto de “yo espejo” que Cooley explica en este fragmento demuestra que nuestra identidad se forma a partir de cómo creemos que los demás nos ven, del juicio que imaginamos que hacen sobre nosotros y de las emociones que esto nos provoca. En las imágenes de Eloísa como migrante, este proceso se manifiesta en su paso de observar a los “otros” —los insectos— como figuras extrañas en la ciudad, a sentirse ella misma observada y distinta en el aula, donde se autopercebe como rara. Así, su identidad se construye en diálogo con la mirada ajena,

integrando tanto la percepción de su propia diferencia como el juicio que los demás hacen sobre ella. Esto evidencia el modo en que la experiencia migrante moldea la autopercepción.

En esta línea, Hall (2003) sostiene que las identidades no constituyen esencias fijas ni atributos naturales de los sujetos, sino posiciones construidas discursivamente en relación con contextos históricos, culturales y sociales específicos. Desde este enfoque, la identidad se configura a través de sistemas de representación que producen significados sobre quiénes somos y cómo nos diferenciamos de los demás. La cultura, por tanto, no solo ofrece sentidos compartidos, sino que también establece fronteras simbólicas entre un “nosotros” y un “ellos”, definiendo qué sujetos son percibidos como familiares, legítimos o pertenecientes, y cuáles son concebidos como diferentes o ajenos.

Esta reflexión resulta especialmente pertinente para comprender las ilustraciones analizadas. La representación de los habitantes de la nueva ciudad como insectos gigantes no debe entenderse únicamente como una expresión del desconcierto de la protagonista, sino también como una construcción simbólica de la diferencia. A través de esta operación visual, la obra evidencia cómo la alteridad es producida mediante mecanismos de representación que transforman a determinados sujetos en figuras extrañas dentro de un determinado marco cultural. Los “bichos” no constituyen una descripción objetiva de los otros, sino una imagen que materializa la distancia cultural percibida por Eloísa en su proceso de adaptación.

Al mismo tiempo, esta representación repercute en la manera en que la protagonista se percibe a sí misma. A medida que interactúa con un entorno cuyos códigos, prácticas y formas de sociabilidad le resultan desconocidos, comienza a cuestionar su propia posición dentro de ese espacio. La diferencia deja entonces de localizarse exclusivamente en los otros y se vuelve una experiencia interiorizada. Por ello, cuando Eloísa afirma sentirse “como un bicho raro” (Buitrago & Yockteng, 2009, p. 10), la narración muestra cómo las fronteras simbólicas que organizan la diferencia también influyen en la construcción de la identidad propia.

Siguiendo esta línea de análisis, las ilustraciones representan el proceso mediante el cual la protagonista negocia continuamente quién es y cuál es su lugar dentro de la nueva comunidad. Esta experiencia puede entenderse a partir del concepto de “entre-lugar” desarrollado por Bhabha (2002) entendido, tal como se explicó previamente, no como una posición intermedia, sino como un espacio de tensión y transformación cultural. Por ende, Eloísa se encuentra, más bien, en una zona liminal donde las categorías identitarias deben reconstruirse constantemente. Así, el hecho de percibirse simbólicamente como un “bicho raro” no expresa únicamente un sentimiento de exclusión, sino también el complejo proceso de reconfiguración identitaria que caracteriza a la experiencia migratoria.

Complementariamente, es necesario mencionar que las ilustraciones del libro álbum funcionan como espacios políticos de enunciación, en el sentido de que, como proponen Kress y van Leeuwen (2006), la imagen es un modo semiótico que construye significados culturales tanto como el lenguaje verbal. En *Eloísa y los bichos*, como hemos visto, la composición, el tamaño de los personajes y el uso del color construyen un discurso visual sobre la migración, el miedo al otro —los “bichos”— y la progresiva transformación de la identidad. La niña no describe completamente su percepción de forma verbal, son las imágenes las que nos muestran cómo se siente ella y qué percibe de su exterior. Así, la ciudad convertida en un ecosistema de insectos no solo expresa la alteridad, sino que visibiliza cómo la protagonista siente también esa mirada de los desconocidos. Esto puede apreciarse en la figura 4:



Figura 4. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

En esta ilustración, al igual que en varias anteriores, Eloísa aparece en el colegio rodeada de insectos de tamaño desmesurado. La escala desproporcionada de estos transmite de manera inmediata la intimidación que experimenta la niña ante la otredad. Esta elección visual no es arbitraria, responde a una estrategia deliberada del ilustrador para representar cómo, desde la perspectiva subjetiva de una niña migrante, los habitantes del nuevo espacio urbano no se perciben como iguales, sino como seres distintos. La exageración del tamaño y la morfología de los “bichos” funciona como metáfora visual del choque cultural. En este contexto, la protagonista se enfrenta a un entorno cuyo código social, lingüístico y corporal aún no puede descifrar, por lo que su imaginación proyecta la diferencia como monstruosidad.

El uso del color refuerza este efecto. La paleta dominante se construye a partir de tonos fríos —azules, grises verdosos, verdes opacos— que instauran un clima de extrañamiento, rigidez y distancia emocional. Tal como sostiene Itten (1961) los colores fríos se asocian con la contención, la tensión y la falta de cercanía afectiva. Aquí, su despliegue produce una atmósfera que no solo traduce visualmente el miedo y la inseguridad de Eloísa, sino que activa lo que Barthes (1990) denomina “memoria afectiva”: cómo la imagen convoca, por contraste, el recuerdo emocional de un lugar perdido, probablemente cálido, familiar y cromáticamente distinto. Así, la cromaticidad no solo ambienta la escena, sino que evoca el desarraigo y la sensación de estar habitando un territorio que todavía no puede llamar “hogar”.

La protagonista verbaliza que se siente “la más pequeña de la fila” (Buitrago & Yockteng, 2019, p. 14), y la ilustración traduce esta idea en términos pictóricos, ya que aparece visiblemente más pequeña que sus compañeros, ocupando un espacio marginal y sin un rol visual dominante. Desde los estudios de álbum ilustrado, Nikolajeva y Scott (2000, 2013) plantean que estas estrategias señalan una focalización subjetiva pero no poderosa porque el personaje ve y es visto, pero carece de control sobre la escena. Aquí, la perspectiva refuerza esa vulnerabilidad, la mirada del lector está conducida hacia los grandes cuerpos de los insectos, que monopolizan la composición y relegan a la niña a una posición periférica. Los “bichos”, entonces, encarnan visualmente la cultura dominante: un conjunto social que la acoge físicamente, pero que simultáneamente la rodea, la sobrecoge y la hace sentirse minúscula.

Esta construcción visual de la alteridad, en consonancia con lo ya analizado a partir de Said (2008), vuelve a evidenciar cómo la diferencia cultural es producida y significada mediante sistemas de representación. En la ilustración, Eloísa no observa insectos reales; lo que se representa es la exageración emocional y perceptiva que acompaña su experiencia migratoria (Olsson, 2016). La transformación de las personas en criaturas desproporcionadas materializa visualmente el extrañamiento que experimenta ante un entorno cuyos códigos y formas de interacción aún le resultan desconocidos. Los “bichos” son, en ese sentido, la representación hiperbólica del otro cultural: cuerpos que se sienten demasiado grandes, demasiado distintos, demasiado ajenos para ser asimilados. La monstruosidad no reside en los habitantes del lugar, sino en la mirada temerosa y desorientada de la niña, que todavía no cuenta con las herramientas para traducir el nuevo entorno.

Por esta razón, composición, color, escala y focalización construyen una escena visual que expresa con claridad la vulnerabilidad y el extrañamiento cultural que atraviesa Eloísa. La ilustración no solo muestra que aún no percibe el colegio como un espacio de pertenencia, sino que también revela que la identidad de la niña se encuentra en un umbral, intentando comprender un mundo que, por ahora, se le impone como inmenso y diferente. Sin embargo, en el segundo momento del álbum, las ilustraciones revelan el tránsito emocional de Eloísa hacia una integración progresiva en su nuevo entorno. A diferencia de las primeras imágenes —donde la otredad insectil invadía la escena con una presencia abrumadora— aquí el mundo habitado por “bichos” comienza a convivir de manera más equilibrada con la presencia humana. La composición ya no se construye únicamente sobre la extrañeza, sino sobre la cercanía, la convivencia y la posibilidad de aprender a vivir en un territorio híbrido. Observemos la figura 5:

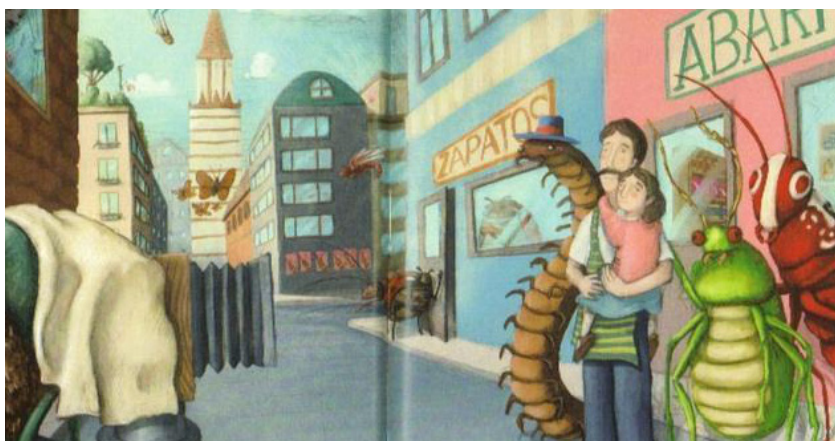


Figura 5. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

En esta imagen los insectos siguen estando presentes —caminan por las calles, vuelan sobre los edificios, conversan frente a las tiendas— pero su escala y su coloración ya no transmiten amenaza. Los tonos se vuelven más luminosos y cálidos, predominan los celestes suaves, los rosados, los verdes pastel. Esto coincide con lo que Albers (2006) señala acerca de cómo la temperatura cromática puede ser leída como un indicio de bienestar emocional, ya que junto al texto “Poco a poco nos hicimos a un lugar” (Buitrago & Yockteng, 2009, p. 32) se evidencia

que Eloísa ya no percibe el espacio desde el miedo, sino desde la aceptación. En medio de esta escena, su figura aparece sostenida por el padre, en un gesto que encarna el soporte afectivo que permite el proceso migratorio. La niña observa el entorno con naturalidad, mientras a su lado los insectos de rasgos amables parecen acompañarla. La presencia simultánea y cercana de humanos e insectos evidencia que la frontera entre “nosotros” y “ellos” empieza a desdibujarse. La diferencia deja de ser un abismo y se transforma en coexistencia.

No obstante, el proceso de adaptación no supone un borramiento del pasado. La figura 6 introduce un tono íntimo y melancólico, en la cual su padre aparece contemplando una fotografía, con una expresión de tristeza que sugiere la evocación de la madre ausente. Eloísa, al otro lado del muro que divide las habitaciones, adopta una postura similar: la cabeza inclinada, la mirada perdida hacia la ventana, como si ambos —padre e hija— estuvieran unidos por un mismo hilo de nostalgia, aunque cada uno la viva en su propio silencio.



Figura 6. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

La lluvia, detrás del vidrio, no es solo un elemento climático; funciona como una metáfora visual del duelo migratorio. El agua que cae insiste, marca el ritmo emocional de la escena, y a la vez crea una atmósfera simbólica entre el interior del hogar y el mundo exterior. Según Barthes (1990) el clima en la imagen actúa como un “código afectivo”: aquí, la lluvia intensifica la sensación de suspensión, de tiempo detenido. En este sentido, la habitación no es apenas un espacio doméstico, sino un refugio donde ambos personajes rememoran lo que quedó atrás: su familia, su hogar y su identidad.

Además, pequeños detalles —como el insecto volando cerca de Eloísa o el ciempiés que cruza por el marco inferior— indican que la otredad ya no es externa, sino parte de la vida cotidiana. Se trata de un proceso de habituación en donde el “otro” deja de ser ajeno y empieza a formar parte del paisaje emocional. Así, esta sección del álbum presenta la etapa crucial en la que ella y su padre comienzan a intentar habitar un espacio intermedio. Como recuerda Hall (1997) la identidad nunca es una esencia inmutable, sino una producción discursiva en constante movimiento. La otredad no es un rasgo natural, sino el resultado de representaciones que establecen fronteras entre “nosotros” y “ellos”.

En este sentido, estas ilustraciones muestran cómo la mirada de la niña va cambiando, y con ello cambia también la forma en que el mundo la mira. La protagonista y su padre no se sienten completamente extraños, pero tampoco han dejado atrás su pertenencia original. El hogar previo —la familia extendida, el país, las costumbres— permanece como un núcleo emocional ineludible. Sin embargo, al mismo tiempo, la ciudad nueva empieza a ser un posible hogar. En estas imágenes, la identidad de Eloísa se configura como una identidad migrante que no renuncia al pasado ni se disuelve por completo en el presente. Y es justamente en esa coexistencia —entre lo que se ha perdido y lo que se empieza a ganar— en que todas las figuras logran su mayor potencia catártica.

Finalmente, esta tensión entre adaptación y recuerdo se refuerza desde la manera en que texto e imagen se articulan en la diégesis del libro álbum. Nodelman (2010) sostiene que este formato narrativo opera mediante una relación interdependiente y frecuentemente contradictoria entre lo verbal y lo visual: las imágenes no solo ilustran, sino que expanden o incluso subvierten el significado del texto. En *Eloísa y los bichos*, la prosa de Buitrago es mínima y neutra; en cambio, las ilustraciones de Yockteng despliegan la verdadera carga emocional y simbólica del relato.

3 LA FUNCIÓN DE LA ESCUELA, COMO INSTITUCIÓN AGENTE DE LA CULTURA ESCRITA, Y LOS ESPACIOS COTIDIANOS, PÚBLICOS Y PRIVADOS, EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

En *Eloísa y los bichos* (2009), la escuela desempeña un papel crucial en la construcción de la identidad de la protagonista en el contexto de la migración. El relato está construido a partir de los recuerdos de la protagonista y, al tratarse de un libro álbum, estos están tanto en el texto como en las imágenes, que permiten comprender la manera en que la niña migrante va percibiendo los espacios públicos y privados en su proceso de adaptación.

Freire (2010) sostiene que la identidad se construye a través de la interacción con el contexto y los códigos culturales. En este libro álbum, la escuela, como institución de la cultura escrita, actúa como agente de transformación, donde la protagonista negocia su identidad dentro de un sistema cultural nuevo. La voz narrativa confirma el desplazamiento: “No soy de aquí” (Buitrago, 2009, p. 4) y “Llegamos una tarde cuando yo era pequeña” (Buitrago, 2009, p. 6), fragmentos que evidencian el contexto migratorio y sitúan la historia en la memoria.

Para Olsson (2016), la migración implica un desplazamiento que involucra aspectos sociales y culturales. En el relato, Eloísa deja atrás su país de origen y llega a una ciudad llena de bichos gigantes, donde se descubre pequeña ante el nuevo espacio. La identidad migrante se configura en esa experiencia de reubicación e integración. Esto se puede apreciar en la figura 7.

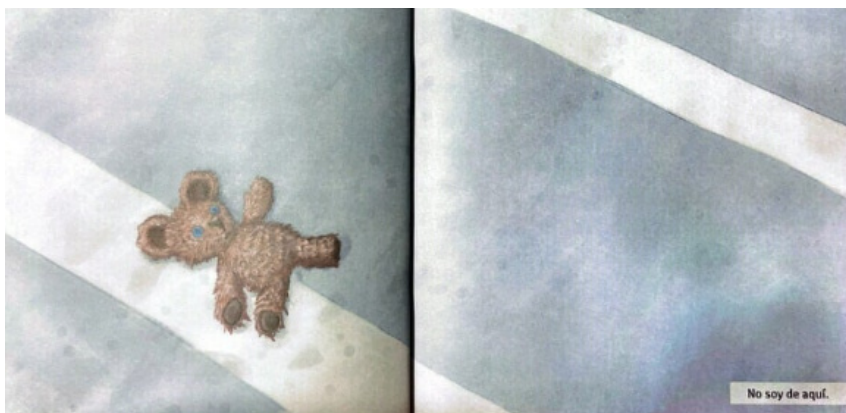


Figura 7. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

La imagen del peluche en la calle llena de bichos gigantes refuerza la idea de un entorno inicialmente hostil y configura la percepción de un espacio público ajeno donde la niña se siente pequeña y vulnerable. El oso tirado entre dos líneas alude al cruce de una frontera que separa la cultura de origen y la de llegada, simbolizando el desarraigo. Siguiendo a Olsson (2016), la identidad de la niña migrante se encuentra fragmentada entre distintos espacios y tiempos.

Desde las guardas iniciales (Fig. 8), la memoria se posiciona como hilo conductor. Las imágenes (Figs. 8 y 9) muestran fotos familiares en espacios cotidianos de la ciudad donde Eloísa y su padre aparecen como humanos, mientras los demás son bichos gigantes. Esta visualidad permite dar cuenta del desencanto: el lugar de llegada no es la “tierra prometida” (Olsson, 2016, p. 14), sino un espacio extraño que la coloca en una posición de vulnerabilidad.

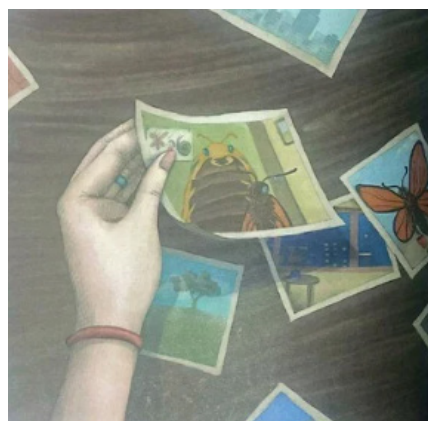


Figura 8 y 9. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

Por el contrario, las guardas finales (Fig. 9) invierten la perspectiva: los personajes antes representados como bichos aparecen como humanos y Eloísa como bicho. La integración implica un cambio de percepción de “lo otro”. Freire (2022) plantea una tendencia a considerar lo diferente como inferior. Además, propone la educación como una práctica política, un proceso de toma de conciencia sobre estas dinámicas de poder y discriminación. En el contexto migratorio que plantea Olsson (2016), el desplazamiento supone un cambio interno. La escuela y la ciudad son lugares tanto de pertenencia como de extrañamiento, en los que Eloísa se encuentra inicialmente en una posición de desventaja. Por ejemplo, al ser la más pequeña de la fila en la formación de la asamblea escolar, tal como se muestra en la figura 10.



Figura 10. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

Desde los estudios subalternos, Spivak (2003) sostiene que la representación depende de dinámicas de poder entre quien representa y el subalterno representado, por lo que la mirada sobre los espacios cotidianos no es neutral, sino condicionada por jerarquías. La narradora adulta construye visualmente a los otros como bichos monstruosos y sitúa al migrante en una posición subalterna. Sin embargo, también Eloísa produce una representación del otro al imaginarlos como bichos. En esa lógica, percibe el entorno como amenazante.

La escuela se presenta como un espacio cotidiano: “Mientras papá buscaba trabajo yo me quedaba en la escuela” (Buitrago, 2009, p. 8), así se expone en la figura 11. La expresión “bicho raro” (Buitrago, 2009, p. 10) alude, en la figura 3, a alguien que no encaja. Entonces, la frontera no solo es una línea divisoria externa, sino interna, porque dificulta la integración de la pequeña en la nueva comunidad (Olsson, 2016).



Figura 11. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

El entorno escolar, de acuerdo con Hernández Zamora (2016), es agente de socialización y cultura escrita. En la figura 13, Eloísa aparece como maestra contando su historia. Hall (2003) sostiene que las identidades se construyen mediante sistemas de representación que producen diferencias y establecen fronteras simbólicas entre quienes son percibidos como parte de una comunidad y quienes son considerados ajenos a ella. En este caso, la experiencia migratoria marca su reconfiguración identitaria e integración.



Figura 12. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

De acuerdo con la propuesta teórica de Freire (2010), la identidad cultural de los sujetos cambia en consonancia con el contexto. La escuela no solo enseña a leer y escribir, sino que permite que los sujetos tomen conciencia de su lugar en la sociedad. La integración de Eloísa ocurre gradualmente mediante las prácticas cotidianas que desarrolla en los nuevos espacios y en su interacción con la comunidad. Esto posibilita el reconocimiento: “Es en la práctica de hacer las cosas de una cierta manera... donde acabo por reconocirme de cierta forma” (Freire, 2010, p. 118).

La escuela representa, como propone Montes (2014), un “espacio de lectura”. La protagonista aprende a leer el nuevo entorno cultural y, a través de esa lectura, redefine su identidad. Este proceso facilita la reconfiguración de la manera en que se ve a sí misma y a los demás. El espacio público, inicialmente alienante, ilustra el extrañamiento. Como señalan Nikolajeva y Scott (2013), las imágenes no son solo representaciones decorativas, sino que pueden comunicar experiencias emocionales complejas, como la migración.

No obstante, la narración muestra un punto de inflexión cuando, en la figura 14, se establece un contacto favorable con la comunidad: “Con el tiempo ya me sabía el camino a la escuela” (Buitrago, 2009, p. 26). La calle se transforma en espacio cotidiano y, como expresa en la figura 5: “Poco a poco nos hicimos a un lugar” (Buitrago, 2009, p. 32), la niña y su padre aparecen ya integrados en la misma tienda que antes visitaban como extraños. La relación con el entorno modifica su percepción y, en esa línea, Freire (2022) sostiene que los individuos existen en la medida en que se relacionan con el mundo y lo transforman al tomar la palabra, como Eloísa al



Figura 13. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

La adaptación se refleja en frases como “y no me importaba tanto que papá me dejara” (Buitrago, 2009, p. 28) y “porque los días pasaban más rápido” (Buitrago, 2009, p. 30), tal como se detalla en la figura 16. La escuela deja de ser espacio hostil y se convierte en lugar de pertenencia. De este modo, permite a Eloísa negociar su posición en el mundo y reconocerse desde la diferencia. La experiencia migratoria adquiere sentido a partir de la interacción con la cultura del lugar de llegada (Freire, 2010), representada metafóricamente mediante los bichos.



Figura 14. *Eloísa y los bichos* (2009). Babel Libros. Reproducido con fines académicos.

Por otro lado, los espacios privados, como el hogar, funcionan como refugio. Esto se evidencia en la figura 6: “Pero nunca olvidamos lo que había quedado atrás” (Buitrago, 2009, p. 34). En la casa, los bichos son pequeños, lo que refleja un espacio seguro donde Eloísa puede mantener su identidad de origen.

La memoria es una herramienta crucial en la construcción identitaria. Freire (2010) señala que la identidad cultural surge de la interacción entre lo heredado y lo adquirido. Desde la teoría de la migración propuesta por Olsson (2016), esta fragmentación entre el pasado y el presente es parte de un discurso descentrado. Las guardas iniciales subrayan la tensión entre lo familiar y lo extraño. Según Hernández Zamora (2016), la cultura escrita y la memoria permiten reflexionar sobre la experiencia y tomar la palabra. El acceso a la cultura escrita otorga a Eloísa un “discernimiento desde la propia cultura” (Mires, 2021, p. 43).

Según la propuesta de Mires (2021), la cultura escrita permite que la niña migrante comprenda su posición en el mundo y sus raíces dialoguen con los horizontes culturales de los bichos. Los niños llegan a la escuela con saberes previos que constituyen su identidad y pueden enriquecerse en contacto con otros saberes. La escuela es una oportunidad de integrarse en la cultura del lugar de llegada.

La integración de Eloísa es un proceso gradual de adaptación. Su percepción sobre los espacios cambia y comienza a sentirse parte de un entorno que antes le era ajeno. El desenlace verbal y visual, “Es verdad que no nací aquí... pero en este lugar aprendí a vivir” (Buitrago, 2009, p. 36), presenta a una Eloísa adulta, ahora maestra, junto a un niño bicho que representa a un nuevo migrante. La escuela, que fue para ella un lugar de adaptación, se convierte ahora en un espacio desde el cual integra a otros.

En ese sentido, la escuela, como espacio de acceso a la palabra escrita, permite que Eloísa cuente su historia de migración y se reconozca como autora. De este modo, posibilita que quien inicialmente ocupa un espacio marginal, subalterno, tome la palabra y se pronuncie como “testigo de una historia de que se sabe autor” (Freire, 2010, p. 9). Así, la escuela se configura como un espacio de reconocimiento entre saberes y culturas, que permite la inserción del sujeto en el universo simbólico y cultural (Freire, 1997). Por lo tanto, la escuela se convierte en un entorno de reflexión e integración cultural. Eloísa no solo aprende contenidos, sino que negocia su identidad en relación con los nuevos códigos culturales. La identidad migrante se negocia y reconstruye en el espacio escolar.

4 CONCLUSIONES

En *Eloísa y los bichos* (2009), la representación visual de los personajes “bichos” —agrandados, desproporcionados y cromáticamente fríos— evidencia que la niña migrante no comprende todavía el nuevo entorno y lo interpreta como amenazante. La otredad aparece magnificada, hiperbólica, casi monstruosa, no porque los habitantes sean realmente así, sino porque Eloísa aún no posee las herramientas culturales y afectivas para descifrar el mundo que la recibe. Esta percepción inicial es doble, ya que ella ve a los otros como extraños y, simultáneamente, asume que esos otros también la ven como distinta. La identidad, entonces, se constituye desde la vulnerabilidad del recién llegado.

La progresiva calidez cromática, la disminución del tamaño de los insectos y su integración natural en el espacio narrativo señalan que la protagonista comienza a reconocer al otro no como amenaza, sino como parte del entorno compartido. Este cambio perceptivo se relaciona directamente con su autoimagen: pasa de verse como un “bicho raro”, pequeño y marginal, a ocupar un lugar de pertenencia afectiva. El proceso migratorio aparece, así, como un tránsito identitario. Eloísa deja de definirse por la mirada que imagina que los demás tienen sobre ella —el “yo espejo” de Cooley— y empieza a construir una identidad más estable, en diálogo con la convivencia cotidiana.

En *Eloísa y los bichos* (2009) la escuela aparece como un espacio en el que la protagonista, desde su posición inicial de extrañamiento, negocia su identidad dentro de un sistema cultural nuevo. Como institución de la cultura escrita, funciona como lugar de socialización, acceso a la palabra y reflexión crítica, donde Eloísa reconoce su experiencia migratoria y aprende a convivir con la diferencia, reconfigurando su identidad en diálogo con los nuevos códigos culturales. De este modo, pasa de sentirse en desventaja a ocupar un lugar de pertenencia, al asumirse como sujeto que toma la palabra.

Los espacios públicos y privados del libro álbum muestran el proceso de adaptación y su influencia en la construcción de la identidad migrante. La ciudad y la escuela aparecen primero como lugares ajenos y hostiles. Sin embargo, conforme establece vínculos y conoce el entorno, se transforman en espacios cotidianos que permiten su integración. En contraste, el hogar funciona como refugio donde la memoria preserva su identidad de origen. Así, la percepción cambiante de estos espacios revela cómo la niña reconstruye su identidad entre el extrañamiento y la pertenencia.

CONTRIBUCIÓN AUTORES

Idea y concepción del proyecto: H.J.L.M.; revisión de la literatura y elaboración del estado del arte: M.X.V.L. y A.R.V.R.; metodología: J.R.M.Q.; análisis: H.J.L.M., M.X.V.L. y A.R.V.R.; elaboración de los resultados: A.R.V.R.; discusión y conclusiones: M.X.V.L. y A.R.V.R.; redacción del borrador inicial: M.X.V.L. y A.R.V.R.; revisión y edición final: H.J.L.M.; diseño y coordinación del proyecto: H.J.L.M.

FINANCIACIÓN

El presente artículo se enmarca en los “Proyectos de Investigación con Incentivo a nivel de Facultades 2025” de la Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú. (RESOLUCIÓN R. N° 5212 - 2025-UNFV).

5 REFERENCIAS

- Albers, P. (2006). Reading visual culture and designing visual texts. *Theory Into Practice*, 45(2), 92–99.
- Barthes, R. (1990). *La cámara lúcida: Nota sobre la fotografía*. Paidós.
- Bhabha, H. K. (2002). *El lugar de la cultura*. Manantial.
- Buitrago, J., & Yockteng, R. (2009). *Eloísa y los bichos*. Babel Libros.
- Cooley, C. H. (2005). El yo espejo. *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 10, 13–26. <https://revistas.ucm.es/index.php/CIYC/article/view/CIYC0505110013A>
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (2010). *Cartas a quien pretende enseñar*. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (2022). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Hall, S. (Ed.). (1997). *Representation: Cultural representations and signifying practices*. SAGE Publications.
- Hernández Zamora, G. (2016). ¿De qué hablamos cuando hablamos de cultura escrita? *Entre Maestr@s*, 16(56), 48–58. <https://repositorio.biblored.gov.co/items/95e60e4b-d262-4957-9429-8d2ad4cd1325>
- Itten, J. (1961). *The art of color: The subjective experience and objective rationale of color*. Reinhold Publishing.
- Kress, G., & van Leeuwen, T. (2006). *Reading images: The grammar of visual design* (2nd ed.). Routledge.
- Mires Ortiz, A. (2021). *El libro entre los hijos de Atahualpa: La experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca*. Biblioteca Nacional del Perú. <https://n2bibliotecadigital.bnp.gob.pe/server/api/core/bitstreams/2996251e-6491-4a5a-8f97-48a45e522379/content>
- Montes, G. (2014). La gran ocasión: La escuela como sociedad de lectura. Fondo de Cultura Económica. <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL002208.pdf>
- Nikolajeva, M., & Scott, C. (2000). The dynamics of picturebook communication. *Children's Literature in Education*, 31(4), 225–239.
- Nikolajeva, M., & Scott, C. (2013). *How picturebooks work*. Routledge.

Nodelman, P. (2010). Las narrativas de los libros-álbum y el proyecto de la literatura infantil. En T. Colomer, B. Kümmerling-Meibauer, & M. C. Silva-Díaz (Eds.), *Cruce de miradas: Nuevas aproximaciones al libro-álbum* (pp. 18–32). Banco del Libro/GRETEL.

Olsson, F. (2016). *“Me voy pal Norte”: La configuración del sujeto migrante indocumentado en ocho novelas hispanoamericanas actuales (1992–2009)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Editorial Universidad de Sevilla; Diputación de Sevilla.

Said, E. W. (2008). *Orientalismo*. Debolsillo.

Spivak, G. C. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297–364. <https://www.redalyc.org/pdf/1050/105018181010.pdf>

NOTAS

1. El presente artículo se enmarca en los Proyectos de Investigación con Incentivo a nivel de Facultades 2025 de la Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú. (RESOLUCIÓN R. N° 5212 - 2025-UNFV).